

que de Gallos, se vió honrado con la presencia del muy insigne tenor Manuel García, y más tarde su mala situación por su lejanía del centro, fué causa de que el público dejara de concurrir á su sala, buena únicamente para compañías como la que nos describe el cronista de *El Recreo*. Nuevamente y andando el tiempo, el Teatro de los Gallos se levantó de su miseria, y, según pronto diremos, albergó á la muy distinguida Castellán, y á Mariquita Cañete, y otra vez más descendió á verse ocupado por compañías pésimas y poco cultos espectáculos, y como ya dije también, vino á desaparecer en un incendio que se debió á la inflamada esponja de un globo. Ese incendio del Teatro de los Gallos, ocurrió poco antes del medio día del viernes 1.º de Noviembre de 1844, según se lee en el *Diario Oficial del Gobierno de México*, correspondiente al sábado 2 del mismo Noviembre de aquel año; en ese periódico se publicó el parte que el Gral. D. Joaquín Rangel elevó á la autoridad superior, dándole noticia de las disposiciones que tomó para impedir que el fuego se comunicase á las casas vecinas al teatro, ya que fué totalmente imposible evitar que el incendio redujese á pavezas aquel coliseo que permaneció consagrado á espectáculos teatrales casi veintidós años.

La Compañía de Opera y el maestro Lauro Rossi tuvieron un gran triunfo con la ópera nueva, con letra castellana y música del susodicho maestro, *La casa deshabitada*. "Muchos placeres hemos disfrutado con esa ópera, dice un cronista. Poseemos un hábil maestro que ha acertado con la cuerda de los mexicanos en lo serio como en lo bufo. Los que lloran con *Juana Shore* han reído de buena gana con *Doña Sinforsosa*, y México se complace de ser el teatro de la gloria del maestro Rossi.

"El asunto ha sido muy bien escogido, pues se trata de un hombre que se vale de la credulidad de las gentes para que se abandone una casa que le interesa conservar inhabitada. La música, perfectamente acomodada al género, tiene una travesura, una ligereza, una gracia que encantan y se sostienen en todo el cuerpo de la obra. El primer cuarteto es magnífico, y aunque se dice que tiene semejanza con otras piezas que ya conocemos del maestro Rossi, es porque obedece á su modo y carácter propios. El público pidió que se presentase el Sr. Rossi sobre la escena para aplaudirle y darle las gracias.

"En la ejecución no hay que notar si no es la perfección con que á porfía ha sido desempeñada la obra, y lo que es más, la habilidad de hacerlo en un idioma que no es el propio de los artistas que trabajaron. Galli, el mejor bufo que se ha conocido, es el alma de esta clase de composiciones que morirán con él, como murieron otras con García, y como con Talma la tragedia francesa. La Sra. Albini caracteriza su papel á maravilla, así en su traje como en su parte teatral. El jilguero Mussati canta la primera aria con la flexibilidad,

gusto y seguridad de entonaciones que se pudieran pedir á un clarinete. La amable Passi estuvo magnífica: ¡qué expresión de fisonomía! ¡qué talle tan esbelto! ¡qué gallardía para llevar y manejar aquel traje! ¡qué gracia, qué coquetería, qué finura en todo! Era siempre *Amina*, aquella *Amina* que hizo llorar á México de emoción, y que no podrá ser reemplazada por nadie en ese papel."

Y es cuanto creo necesario decir, pues extenderme más equivaldría á estar repitiendo los títulos de óperas y de comedias ya varias veces citadas, y los de los artistas de uno y otro cuadro, que pronto iban á desmembrarse con la separación de la Dubreville y de Salgado, con la marcha de Galli para Europa y con la de la Albini para la Habana. La Passi vino al fin á ser esposa de Patiño, explicándose así sus preferencias por esa artista, causa de los disgustos de que á su tiempo di razón.

Verdad es que entonces esa clase de zambras eran de uso común y corriente: hablé ya de las del Teatro de los Gallos, y algo dije de las del Principal; pero ninguna de ellas fué última. En el *Recreo*, tantas veces citado, hallo la descripción de uno de esos motines ocurrido en el Antiguo Coliseo, por Diciembre de 1837, al representarse la parodia de *Angelo*, con el título de *Un tirano como cualquiera*.

"Apenas principiaba la comedia hubo en el patio su ruido, pero sordo: cayó el telón y cada uno calificó el primer acto como su gana se le dió. Al segundo ya hubo gestos, y se marcaron algunos resortes de conspiración contra la comedia. Principió el tercer acto, y al llegar á la escena en que el Tirano envenena á su esposa, se oyó un chiflido, luego otro, luego golpes descompasados, y en fin, una voz terrible que dijo: ¡abajo el telón!

"Y como los chiflidos, los golpes y los gritos continuaban, tuvieron los actores que callarse, y los mites que bajar el telón. Sin embargo, siguieron los gritos; unos decían: "que siga la comedia;" otros "no, no;" algunos pidieron un sainete, otros su dinero, hasta que levantado el telón y calmado el bullicio, dijo el *Tirano* con tono muy afable: "Señores, se ha preguntado al señor juez de Teatro, qué es lo que se debe hacer, y nos ha dicho que de su orden se continúe la comedia. ¿Qué hacemos?" Entonces redoblaron los gritos de: "abajo el telón," "no queremos esa comedia," "que nos echen un sainete" y no sé cuántas cosas más. Lo cierto es que cayó el telón para no volverse á levantar.

"Pero el bullicio continuó, aunque de cuando en cuando había intervalos de profundo silencio; luego, repentinamente, crugió el cielo, temblaba la tierra, silbaba el viento y resonaba con estrépito el rayo de la mofa. Concluyó esta escena, con un *múdense cada uno á su casa*, pues el director mandó que se apagasen las luces, y se fuesen los actores en compañía del público."



De un artículo descriptivo, también publicado en el *Recreo*, tomo los siguientes detalles del modo de ser del público y del Teatro en 1837 y 38.

“A la entrada del teatro se forman dos hileras de ociosos para ver pasar á las gentes, y hacer de ellas anatomía comparada y descriptiva. Si en el infierno se murmurara, debían nuestros ociosos ir á poner cátedra en él, y sin duda saldrían airosos. Junto á mí estaban dos *pisaverdes* charlando. . . . ¡Qué lenguas las tuyas, gran Dios! . . . podían apostarlas con la más afamada verdulera, y puedo asegurar sin temor de equivocarme, que eran los más moderados.

“Cuando me resolví á entrar, no poco trabajo me costó encontrar un asiento, pues aun cuando había muchos desocupados, tenía yo que andar errando á merced del acomodador que no me dejaba sentar en ninguno, á no ser en el *anfiteatro*, porque, según decía, todos los de la luneta eran de sujetos abonados. Resuelto en un principio á salirme, varié de resolución y decidí quedarme, y en consecuencia llamé con fuerte voz repetidas veces al acomodador, que estaba á la sazón con seis cojines sobre la cabeza, para alquilarlos al primero que los necesitara, y después de gran tiempo se fué acercando á mí con pasos lentos, y poniéndome cara de condenado ó de sepulturero, que es peor.

—“¿Será posible—le dije—que no haya un asiento para mí?”

—“Ya le he dicho á vd. que no—me respondió con voz y ceño de superior.

“Paciencia y barajar, me dije, y poniéndole en la mano una propina todo se me facilitó.

—“¿Por dónde quiere vd. su asiento?—me preguntó el acomodador con halagüeño semblante.

—“Lo más cerca posible.

—“El caso es que tengo dados unos y abonados otros pero no faltará. . . . y dicho y hecho, me dió uno de los mejores. Como los asientos no están numerados ni son fijos más que para los abonados, quien toma una luneta tiene que gratificar al acomodador, si quiere estar bien colocado.

“Estando en esta fatiga, oí un estruendo horrible y á continuación sentí algo que se desprendía sobre mí; el ruido lo producía el público, dando palos, palmadas, puntapiés, gritos y chiflidos, y lo que cayó sobre mí eran anises de dulce, arvejones y confites que arrojaban de las localidades altas, por ser las carnestolendas de 1838; al mismo tiempo, y por igual motivo, se estrellaron sobre mí dos ó tres cascarones rellenos de harina y papelitos de colores, que mancharon todo mi traje; hube de consolarme con ver que á todos los demás concurrentes les pasaba lo mismo.

“De pronto se oyeron los golpes de los timbales y comenzó la

obertura, que apenas se oía por el interminable habladero de los concurrentes, el cual iba aumentando conforme llegaba más gente. Levantaron el telón y la representación dió principio, pero no fué posible enterarse de ella. El Teatro Principal es una gran tertulia adonde se va por tono y no por gozar del espectáculo, por consiguiente, la etiqueta exige entrar lo más tarde que se pueda y haciendo ruido para llamar la atención. Una parte de los asistentes comienza por indagar la vida y milagros de la parte pacífica; luego que levantan el telón se sigue con la de los cómicos, conforme van saliendo á las tablas, y concluyen por despedazarse á sí mismos.

“Algunos de los que no quitan créditos, se entretienen con sus negocios particulares, en hablar de política, en noticiar las ocurrencias del día, en valorizar los trajes de las señoras y de los cómicos, en apuntar sus anteojos, sirviéndoles de respaldo el infeliz que está á su lado, en quien se recargan para poder dirigir bien y con descanso su telescopio de dos cañones.

“Junto á mí estaba un francés elogiando á gritos la ópera, y palmoteando, y pateando y gesticulando sin cesar; otro individuo nos enflautó también en voz alta, el argumento de la ópera con todos sus pelos y señales, al mismo tiempo que un otro estaba delante de mí leyendo á voz en cuello un programa á su compañera. Todo, en fin, se oía, menos la música de la ópera.

“Inesperadamente un individuo de un palco, que para ver mejor estaba de pie sobre una silla y apoyado en los hombros del que tenía delante, perdió el equilibrio y salió disparado sobre la orquesta, rompiendo un bajo, tres violines y dos trompas. El público se alarmó creyendo se trataba de un pleito ó riña, que eran frequentísimos, ó de un pronunciamiento, que eran el pan de cada día. Algunos, ó por miedo ó por chiste, gritaron: ¡Fuego! ¡Fuego! y toda la gente se levantó, todos querían salir á la vez; los muchachos chillaban, las mujeres y todos estábamos pálidos como cadáveres.

“¡Qué estrépito! ¡qué movimiento! Unos saltaban á los palcos ó á las tablas para salvarse más pronto; otros, dejando los sombreros y las capas, se hacían lugar á codazos y puñadas; una señora clamaba por su hijo; otra por su marido; aquella por su padre, y las puertas, pequeñas, muy pequeñas, apenas daban salida á una persona.

“Al salir á la calle, la escena era otra. El Gobierno, que siempre vivía alarmado, había tenido noticia del escándalo, y temeroso de que envolvese un fin político, había enviado cantidad de tropas; los soldados daban cañonazos á diestro y siniestro; los coches se atropellaban unos á otros, y por todas partes las gentes corrían gritando: ¡Revolución! ¡Revolución! haciendo cundir el miedo y el espanto hasta los barrios extremos de la ciudad. . . .”



El humorístico articulista no exageraba gran cosa en su cuadro de costumbres de ese tiempo. Más de una vez aconteció algo muy semejante.

## CAPITULO XVI

1839.—1840.

Con la perspectiva del pago de una fuerte indemnización de guerra y con el Erario en bancarrota, poco podía hacer el Gobierno de D. Anastasio Bustamante para atender como era debido al heroico ejército mexicano, cuya historia, que aun está por escribir, si por alguien fuese hecha, asombraría al mundo, no ya como crónica militar, sino como anales de martirio. La miseria y abandono de nuestros soldados, valientes como el que más y cual ninguno humildes y sumisos, movieron á piedad el corazón de la sociedad civil y un numeroso grupo de damas y caballeros distinguidos acudió en su auxilio, organizando diferentes funciones con cuyos productos se atendiese al alivio de los heroicos necesitados.

Entre esas funciones fué brillantísimo el concierto que en 1.º de Febrero de 1829 y en el Teatro Principal, á favor de los hospitales de sangre, organizó una Junta cuya representación llevaron las Sras. D.ª María Luisa Vicario de Moreno, D.ª Juana Castilla de Gorostiza, D.ª Agustina Bonilla de Tornel, D.ª Ana Bringas de Mangino, D.ª Pilar Tovar de Andrade y D.ª Lina Fagoaga de Escandón. Fueron directores de la parte musical D. José María Chávez y D. Juan Nepomuceno Retes, y la función produjo más de tres mil quinientos pesos, utilizándose á favor de los heridos casi dos mil novecientos. Los palcos se vendieron á veintidós pesos, la luneta á tres y los asientos de galería, que en esa noche fueron ocupados por concurrentes tan distinguidos como los de las localidades bajas, costaron dos pesos y dieron un producto de cuatrocientos seis.

La misma Junta ofreció al público en el mismo teatro y en 3 de Marzo, la ópera *Capuletos y Montequios*, desempeñada por particulares aficionados á la música, con el deseado éxito material, y con el más extraordinario lucimiento para los improvisados artistas.

Bien es verdad que el cultivo de la música venía haciendo notables progresos en los últimos años. En el de 1838, los profesores D. Joaquín Beristáin y D. Agustín Caballero, habían formado una Acade-

mía que pronto hizo rápidos adelantos, tan rápidos y tan brillantes, que menos de un año después, el 17 de Julio de 1839, sus alumnos pudieron cantar en uno de los salones del edificio de la antigua Inquisición la *Sonámbula* de Bellini. La Sra. Lizaliturri desempeñó con perfección la parte de la protagonista, mereciendo al poeta I. G. el siguiente soneto en su elogio:

“Al elevar tu acento de armonía  
mi pecho te escuchaba enternecido;  
de tus vivos afectos conmovido  
palpitaba veloz, veloz latía.

“Tu dolor, tu placer, mi alma sentía,  
y en un sueño también me creí dormido,  
cuando de tu entusiasmo poseído  
casi maquinalmente te aplaudía.

“Para el que la *Sonámbula* ha escuchado  
de tu escénica acción y voz preciosa  
tal ha sido el poder, tal el encanto,

“Elina, que se veía transportado  
á la mansión etérea, deliciosa,  
con las ondulaciones de tu canto.”

En 17 de Agosto se repitió el concierto de 1.º de Febrero, dedicándose sus productos al piadoso Establecimiento de la Cuna, que entonces regía una Junta formada por las Sras. D.ª María Luisa Vicario de Moreno, D.ª Manuela Rangel de Flores y D.ª María Josefa Rodríguez de Uluapa.

En ese tiempo el bello sexo mexicano daba frecuentes ejemplos de filantropía, de talento y de ilustración, no faltando en él distinguidas cultivadoras de las letras, como la Srita. Rosario Bossero, autora de una novela que, con el título de *Amor Filial*, publicó en 1839 la colección de autores mexicanos impresa por Cumplido con el nombre de *La Guirnalda*.

En la suma pobreza á que habían llegado las cajas federal y municipal, fué necesario ocurrir á funciones de teatro y toros para disponer de fondos con que hacer los gastos de las festividades del 15 y 16 de Setiembre. “En razón de las notorias escaseces del erario y de la penuria general — decía el *Diario del Gobierno* — el pensamiento ha sido muy feliz, pues sin él, esos preciosos recuerdos de la grandiosa obra de nuestra independencia, no se perpetuarían con la solemnidad que otros años.” Al efecto, los Sres. José María Iturralde, Alejandro Ihary, Antonio de Icaza y Luis G. Chávarri, individuos de la Junta Patriótica, dispusieron para el sábado 31 de Agosto, y en el